Censura, Inquisición y controles en la España del XVIII: los relatos de viaje de Caimo, Baretti y Casanova*

FRANCO QUINZIANO

IEMYRhd-Universidad de Salamanca / GREC-Universidad de Oviedo

— ¿De qué puede ser tan curiosa vuestra maldita Santa Inquisición?
— De todo.

Giacomo Casanova, *Historia de mi vida*

Los libros de viajes en el XVIII, ya sea que remitan a espacios y experiencias reales, fruto de la experiencia vital del emisor, ya sean estos ficticios, y por tanto fruto de la imaginación, se hallan íntimamente ligados a la visión didáctica y utilitaria que preside la mentalidad de los hombres del Siglo de las Luces. Más allá de la multiplicidad de perfiles culturales de los viajeros que dejaron testimonio de sus periplos por la España del XVIII y de las diferencias en cuanto a propósitos y circunstancias que los llevaron a recorrer la península, la escritura que de estos textos se deriva se erige en motor de integración, en instrumento de aculturación y vehículo de libre circulación. Bajo estos lentes el relato de viaje, íntimamente asociado al concepto utilitario y al nuevo impulso inquisitivo que preside el dieciocho, se erige en fuente de información atendible, tanto histórica como documental, de la sociedad española y europea, convirtiéndose al mismo tiempo, como ha observado Enciso Recio (1987), en significativo ‘cauce de penetración y de difusión’ de las ideas ilustradas.

La imagen de una España sumida en la decadencia y el atraso, aún apegada al pasado y ajena a los avances que habían experimentado las naciones de centroeuropa (esencialmente Inglaterra, Francia, los Países Bajos y el norte de la península italiana), se hallaba muy arraigada en los años centrales de la centuria entre los extranjeros y, por supuesto, también en el seno de los viajeros y hombres de cultura italianos que

* Esta publicación se inscribe en el Proyecto de I+D *Teoría de la lectura y hermenéutica literaria en la Ilustración europea: la praxis lectorial, interpretativa y crítica* (PID2021-12435NB I00), financiado por MCIN/AEI/10.13039/501100011033 y fondos FEDER. *Una manera de hacer Europa*.

visitaban la península. Esta visión era el fruto de la variada y heterogénea literatura de viaje, en la que los relatos, sin verificar en muchos casos, repetían tópicos y comentarios ya publicados por otros viajeros, o incluso tomaban como verdad revelada afirmaciones vertidas por autores que en algunas ocasiones no habían viajado ni siquiera a la península, redactando su texto cómodamente desde su habitación, como parece ser fue el caso de la *Relation du voyage d'Espagne*, de Madame D'Aulnoy (1691). Aun así, era innegable que el reino de España constituía una anomalía en ámbito europeo, un «regno africanísimo», según confesó el dramaturgo Alfieri (1822: 184); tal vez allí radique en parte el interés por el que, especialmente franceses e ingleses, a pesar de los obstáculos y la ingrata aventura que ello representaba, optasen por adentrarse en los caminos de la España de los Borbones.

Como hemos anotado recientemente, «si en el XVIII, Italia constituía una de las metas obligadas para todo aquel que emprendía el *grand tour* por el continente, España se hallaba [...] fuera de los horizontes del viaje europeo. No eran pocas las dificultades (malas comunicaciones, carreteras inseguras y en pésimo estado, posadas poco confortables, etc.), que convertían la travesía por la península ibérica en una aventura poco gratificante, cargada de privaciones» (Quinziano, 2023: 399). Los testimonios que nos han legado los extranjeros atestiguan sobre lo poco placenteras que eran las condiciones a las que debía atenerse el viajero a la hora de emprender su periplo por la península. Es verdad que las dificultades e incomodidades no eran patrimonio de la España borbónica, como por otro lado justamente se empeñaron en poner de realce los viajeros españoles, al fijar sus impresiones viajeras. Sin embargo, la España de mediados del setecientos ostentaba un cuadro mucho más preocupante que el que exhibían otros países europeos, en primer lugar, Francia e Inglaterra, pero también el centronorte de Italia. En estos años que inauguran la segunda mitad del siglo, España es un país inhóspito, mal comunicado, cuyos caminos se hallaban en estado calamitoso y en los que la posta de los carruajes no transitaban por muchos de los caminos, siendo preferidos, en no pocas ocasiones, por los caballos (Alfieri) o las calesas de mulas (Baretti). Transitar por el reino constituía, en efecto, una aventura poco gratificante para el viajero. Si a ello se suman las pésimas condiciones de las posadas, fondas, ventas y mesones, la calidad de las comidas, la incomodidad y lentitud de los carruajes y la inseguridad de los caminos debido al accionar del bandidaje, es evidente que no existían muchos motivos, salvo la curiosidad y una buena dosis de espíritu de aventura, para emprender la experiencia viajera por los senderos de España.

Aunque las condiciones ciertamente no eran las más apropiadas para acoger al viajero, ello no impidió que los italianos, aunque en menor medida que los franceses e ingleses, recorrieran la variada geografía española, de modo más acusado a partir de los años finales del reinado de Fernando VI y los inicios del de Carlos III, cuando comienzan a alternarse los itinerarios meramente descriptivos con los de mayor interés

y calado, formativos, de carácter cultural, con una importante presencia y difusión de estos últimos a medida que avanza la centuria.¹ La mayoría de los italianos que visitan la España de la segunda mitad del siglo —Caimo, Baretti, Casanova, Alfieri, Gorani, Giusti, Malaspina, entre los más destacados— evidencian en sus relatos una visión crítica hacia el proceso político y la situación socioeconómica y cultural de la España de la Ilustración (Soriano Pérez-Villamil, 1980: 127-146; Garms, 1988). En su mayoría estos textos reconocen y valoran los esfuerzos notables de los Borbones —en especial Caimo y Baretti (Quinziano, 2022)— por superar el preocupante atraso que experimenta el reino, aunque en general perciben aún más desaciertos que logros. En la misma línea de los relatos que nos han legado la mayoría de los viajeros europeos, al abordar el campo cultural y el mundo de las ideas, los italianos insisten sobre el peso desmedido que desempeña la Iglesia en la sociedad española, aludiendo a una nación aún fuertemente dominada por el pensamiento de la escolástica, donde constatan la omnipresencia del espíritu religioso en los más variados ámbitos de la vida de los españoles, así como su obsesión hacia la observancia de los dogmas y la fe. Asociado a ello los emisores —con grados y modalidades diversas que serán exploradas— comentan y cuestionan la actuación y el ingente poder que ejerce el ‘temible’ tribunal de la Inquisición, con parciales incursiones sobre el papel poco edificante que desempeña la doble censura, la gubernamental y la inquisitorial, así como sus efectos nocivos en campo cultural y científico. El rigor del temible Santo Oficio, erigido en uno de los tópicos que pueblan los relatos odepóricos del periodo, es visto por los extranjeros —en el caso de los italianos, desde Caimo hasta Malaspina— como una de las principales razones, si no la primordial, que explicaba el atraso del reino en campo cultural y un freno que limitaba el progreso de las letras, las ciencias y las artes.

En un reciente estudio (Quinziano, 2022) hemos abordado parcialmente la recepción del mundo del libro y su horizonte sobre el viajero/emisor, centrado en su lectura y en la multiplicidad de funciones que el texto exhibe, atendiendo a la pluralidad de roles que ambos eslabones —texto y lectura (y por extensión las prácticas lectoras)— desempeñan en los relatos de viaje de los años centrales de la centuria. Para ello nuestra atención se ha centrado en dos relatos claves del dieciocho, las *Lettere di un vago italiano ad un suo amico...* (1759-1767), de Norberto Caimo (Cian, 1896; García Díaz, 2009 y 2012), y el *Viaje de Londres a Génova...* (1770), refundición inglesa ampliada de las *Lettere familiari* (1762-1763), de Giuseppe Baretti, uno

¹ El número de italianos que visitaron la península ibérica en la segunda mitad del XVIII, al menos de los que disponemos documentación fehaciente —habiendo legado testimonios de su experiencia viajera—, ofrecen cifras decididamente inferiores respecto a otros extranjeros que atravesaron los Pirineos en el mismo periodo; menores incluso también respecto a la cantidad que exhiben los viajeros españoles que en el último tercio de la centuria emprendieron sus viajes formativos a Italia en el marco del *Grand Tour* (Garms, 1988: 85-86; Quinziano, 2007: 341-342).

de los viajeros italianos más perspicaces y de mayor calado intelectual de la centuria (Anglani, 1997; Gambini, 2002: 205-223; Martínez de Pinillos Ruiz, 2005: 13-27; Quinziano, 2023: 13-26). Ambos autores, dotados de un método riguroso de observación, expresión de una nueva actitud ante la realidad de la península, orientada a trazar una visión «más justa y valiosa de España» (Ribbans, 1955-1958: 67), asignan en sus textos un espacio preponderante a describir, comentar y reflexionar sobre algunos de los múltiples eslabones que modelan el poliédrico mundo libresco de la España del periodo, con perspicaces incursiones sobre novedades editoriales, reimpressiones y nuevas ediciones de textos. Por cuestiones de espacio, en dicha ocasión se optó por dejar de lado algunos aspectos, también íntimamente asociados al horizonte del mundo del libro, como las referencias a la labor desempeñada por la doble censura —la gubernamental y la del Santo Oficio— y sus efectos perjudiciales en campo cultural, con el consiguiente juicio de valor sobre las prohibiciones de textos y las dificultades para el acceso al mismo, y el abordaje de los controles y confiscaciones de libros que tenían lugar en los puestos de aduanas, secas y marítimas, verdadero dolor de cabeza para todo extranjero que transitaba la península; aspectos de los que se ocupan ahora estas páginas.

El presente estudio, por consiguiente, debe ser concebido como complementario al recién aludido, en la medida que integra la mirada de ambos viajeros italianos sobre el poliédrico mundo del libro, centrado en este caso en el tema de la censura, el control y prohibición de textos a cargo de las autoridades inquisitoriales, así como la percepción sobre los registros y controles que tenían lugar en las aduanas del reino; eslabones, todos ellos, que condicionaron, no cabe duda, el progreso cultural en la Península, limitando la circulación de textos y difusión de autores modernos. En esta ocasión, a los citados relatos de Baretto y Caimo, se añade un tercer emisor, que recorre la península en esos mismos años, el decenio de finales del reinado de Fernando VI y los primeros del de Carlos III:² el libertino Giacomo Casanova (VV. AA., 1998; Núñez Rodríguez, 2019), quien, en las páginas que dedica en sus memorias a la estancia española, con un estilo más directo y libre, ofrece una mirada más osada e incisiva, acusadamente crítica sobre la Inquisición y los efectos de la censura en la España del periodo, ampliando el horizonte de emisión de los viajeros italianos que transitan la península en los años centrales del XVIII.

² Caimo recorrió España en los años finales del reinado de Fernando VI, entre 1755 y 1756; Baretto cumplió un primer viaje en 1760, desembarcando en Lisboa a finales de agosto e ingresando a España el 22 de setiembre; permanecerá hasta principios de noviembre, cuando cruza la frontera con Francia, camino de Italia. Su segundo viaje dura cuatro meses, de noviembre de 1768 a febrero de 1769, permaneciendo la mitad de esta estancia en Madrid. Por último, Casanova viajó a España a mediados de 1767, estableciéndose entre Madrid y Aranjuez por algo más de un año, hasta finales de 1768, cuando regresa a Francia, pasando por Zaragoza y Barcelona.

Inquisición, censura y prohibiciones

La labor censoria y de control social e ideológica de la Inquisición en el XVIII (De-fourneaux, 1973, Domergue, 1996) constituye un aspecto sumamente presente en la literatura viajera de la centuria, siendo blanco de las críticas de la mayoría de los viajeros que recorren la península. El Santo Oficio constituye para los extranjeros que visitan el reino un ejemplo de la anomalía española en el contexto europeo; muestra innegable del férreo control que la Iglesia católica aún ejercía sobre el conjunto de los españoles, dominados por el peso de la escolástica y su subordinación a los milagros y la superstición. Entre las razones que explicaban el atraso de la España del siglo, aspecto omnipresente en los juicios de valor que formulan los extranjeros que recorren la España del XVIII, resalta, en efecto, el férreo control social y religioso que aún ejercen la Iglesia y el Tribunal de la Inquisición,³ así como la estricta censura —gubernamental e inquisitorial— imperante, orientada a contrarrestar la penetración y circulación de nuevas ideas, limitando la libertad de pensamiento. El peso y la omnipresencia de la Iglesia y el ‘temible’ Tribunal en la España del XVIII constituyen dos aspectos en los que se detiene también la mayoría de los relatos de viajes redactados por los italianos, aunque en los casos que se analizarán —Caimo, Baretti y Casanova— los mismos ostentan gradaciones y centros de interés diversos. No sorprende, en todo caso, la aseveración de Baretti, como manifestación de la férrea presencia y penetración de la fe católica en la España del periodo, cuando enfatiza que en los pueblos de Castilla —aunque la consideración podría ser extensiva al resto de la península—, «la primera persona es el cura, la segunda el alcalde y la tercera el cirujano» (2005: 584).

Caimo, Baretti y Casanova son fundamentalmente tres atentos lectores y viajeros perspicaces, aunque de ellos solo el crítico turinés pueda exhibir un bagaje nada desdeñable de lecturas españolas, antes de emprender su periplo por la península. Es Baretti, en efecto, el viajero italiano de la segunda mitad de la centuria mayormente familiarizado con la cultura española (Bonora, 1991; Quinziano, 2023: 27-36). Soriano Pérez-Villamil opina con razón que «las relaciones más geniales y valiosas sobre España y su cultura nos la proporciona Giuseppe Baretti» (1988: 137). Como hemos apuntado en otro lugar, «sus *Lettere familiari* —y su edición inglesa refundida y ampliada de *A Journey*— constituyen un texto clave, orientado a aproximar y reivindicar

³ El Tribunal de la Inquisición, como es sabido, fue creado, previa autorización del papa Sixto VI, por los Reyes Católicos en 1478. El Santo Oficio fue suprimido en 1808 por Bonaparte a través de los decretos de Chamartín, aunque la abolición definitiva en la España ‘patriota’ se produjo unos años más tarde, en febrero de 1813 por obra de las Cortes de Cádiz. Sobre la Inquisición, tanto a escala nacional como regional, existe una copiosa bibliografía, solo para un somero resumen de sus orígenes, funcionamiento y normas, se remite a Stanley Turberville (1994).

la cultura española ante el lector italiano —y sucesivamente el inglés—, despojado de los tópicos y juicios antiespañoles que poblaban los relatos de viaje» del periodo (Quinziano, 2022: 409). Consciente del escaso conocimiento que los italianos poseían sobre la producción literaria y los autores españoles, al haber pasado «por alto lastimosamente los libros de España, al menos últimamente» (2005: 314), se esfuerza en comentar y difundir el patrimonio libresco de la España de los Borbones con el fin de aproximar su producción literaria al lector italiano.⁴

Entre los autores contemporáneos que valora en su relato viajero, Baretto señala a Benito Feijoo, «el más famoso» del reino (2005: 330), con toda probabilidad el autor mayormente leído en aquellos decenios en la península. El monje beneditino constituye un verdadero éxito editorial a lo largo de la centuria, como es sabido, al haber llegado a vender, entre 1726 y 1787, unos 300 000 volúmenes de su *Teatro crítico universal*. Sin embargo, el verdadero —y más feliz— descubrimiento literario que llegó a impactar favorablemente en el viajero italiano es sin duda la *Historia del famoso predicador Fray Gerundio de Campazas*, de Francisco de Isla, prohibido por el Consejo de Castilla al poco tiempo de su publicación en 1758, y texto por el que el italiano sintió una verdadera pasión.

Consciente que en España circulaban varias copias de la segunda parte de la novela, sin imprimir, señala que «solo está publicado el primer volumen» del texto, y a continuación facilita unos breves datos: se trata de «un volumen en cuarto, de unas cuatrocientas páginas, prolegómenos incluidos», que había visto la luz «hace solo dos años» (2005: 331), en 1758. Proporciona asimismo información sobre la preparación y próxima publicación de un segundo volumen —que vería la luz en 1768 en una edición pirata—, que por ahora «circula manuscrito y se dice que no desmerece el primero» (2005: 334). Baretto permaneció entrañablemente vinculado desde su primer viaje a España al *Fray Gerundio*, habiéndolo leído «con el mayor placer» (2005: 331). En su desmesurado y excesivamente elogioso comentario de la novela de Isla, a quien llega a definir «el moderno Cervantes», el turinés introduce el tema de la censura previa y la labor de control y prohibición que ejercían el Consejo de Castilla y el Tribunal del Santo Oficio.⁵ Baretto recuerda que el jesuita leonés había publicado su novela «decorad[a] con un buen número de aprobaciones, obtenidas por personas de las más eruditas y respetables de España» (2005: 333), reprodu-

⁴ En dicha perspectiva Baretto proporciona datos sin duda de gran utilidad sobre el número de obras impresas, nuevas ediciones y reimpressiones en el reino (Quinziano, 2022: 409-410).

⁵ La censura previa en el XVIII, de forma general, era asignada al Consejo de Castilla, mientras que los libros escritos por religiosos, como era caso del jesuita Isla, requerían igualmente la previa autorización de los superiores de la orden. Para velar por el respeto del dogma católico y la moral cristiana, en general los censores gubernamentales eran también a menudo clérigos o religiosos; la revisión y censura de los libros procedentes del extranjero, sobre todo de Francia, era tarea de la Inquisición.

ciendo parcialmente el juicio favorable esgrimido por el censor inquisitorial Alonso Cano e incluido en la edición *princeps*.⁶ En nota a pie de página, el turinés reconstruye brevemente la historia de la prohibición de la novela: allí insiste nuevamente que «la Inquisición, lejos de condenar el libro, lo aprobó y la aprobación está impresa al principio de él» (2005: 333, nota). Sin embargo, a renglón seguido explica que, a pesar de su aprobación, «algunas órdenes, especialmente los dominicos y mendicantes» se rebelaron contra el texto, manifestando «ante el rey [...] que el respeto debido a los ministros del Evangelio, se vería demasiado mermado con una crítica tan despiadada» de la oratoria tardobarroca y los vacuos sermones, por lo que, anota Baretti, «todas las órdenes religiosas se volverían ridículas a los ojos del vulgo, consecuencia de lo cual sería una relajación, si no una subversión de la religión del país» (2005: 333- 334). A ello se habrían sumado las objeciones de varios obispos, por lo que se acabó presionando al Consejo de Castilla para que tomara cartas en el asunto, decretándose la suspensión y prohibición de la novela, con el fin de contrarrestar los efectos perniciosos que podía exhibir el texto contra los preceptos de la fe y algunas órdenes religiosas.⁷

Baretti no es un autor asociado a las nuevas ideas de la Ilustración ni a la estética neoclásica —evidente es su rechazo a la Arcadia y al pensamiento del *Illuminismo*—; su mayor aportación, tal vez, haya sido la de haber trazado una original mediación entre tradición y modernidad (Gambini 2002). No debe olvidarse, sin embargo, que el literato italiano, mientras se hallaba al frente de su afamada publicación *Frustra letteraria*, a inicios de los años sesenta, de regreso de su viaje a la península, mantuvo algunas polémicas con el Prefecto de la Congregación de los Celestinos, y padeció a raíz de ello censura y persecución por parte del poder establecido y las autoridades del Papado, lo que le obligaron a marcharse al exilio a Inglaterra. Su posición sí es de nítido contraste al dominio de la superstición religiosa y la difusión de los milagros, vehículos, en su opinión, que «abusan de la credulidad del vulgo» (2005: 583). Asimismo, se opone a la quema de libros, por ejemplo, cuando evoca la dedicatoria de Calderón a un librero de Granada, quien, en un arrebatado de devoción, había echado al fuego «todos los libros que tenía en la tienda, con excepción de los piadosos» (2005: 564). Sin embargo, el autor de los *Journey* no cuestiona los preceptos religiosos ni

⁶ La aprobación del censor Alonso Cano, de tres páginas, incluida en la edición de 1758, puede consultarse en la edición digital de esta *princeps* en la Biblioteca Virtual M. Cervantes: www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmcdz051. Se precisa que a inicios del siglo XVI, en 1502, bajo los reyes Católicos, se había promulgado la ‘inspección de prensa’, que establecía que no podía publicarse ningún libro en el reino sin previo examen de las autoridades eclesiásticas.

⁷ Para dar cumplimiento a la orden del Consejo de Castilla, cuando Baretti toma conocimiento de la novela cerca de la frontera con Portugal, muchos de los 1500 ejemplares de la edición *princeps* ya habían sido destruidos; el viajero alude a las dificultades padecidas para poder hacerse con un ejemplar, felicitándose al haber podido procurarse una copia y que esta haya llegado indemne a Italia.

desobedece los dictados de la fe; su formación es la de un hombre de convicciones religiosas,⁸ que contemporiza en su discurso sobre el rigor del Santo Tribunal, relativizando su rol como instrumento de control y censura. Se ha visto que, al comentar el *Fray Gerundio*, el autor piemontés recordaba que la misma Inquisición había animado a que se publicase la novela, reproduciendo parcialmente el juicio favorable de uno de los censores que habían dado su aprobación. En nota aparte (2005: 333, nota), rebate por demás la opinión de Clark, quien había aseverado que el autor leonés había sido «perseguido y silenciado por los inquisidores»: el italiano pone en discusión dicha valoración, deudora, en su opinión, de la animosidad que el británico profesaba hacia al Tribunal —«¡Mr. Clark está siempre tan irritado con la Inquisición! Tiene que difamarla por todos los medios»— y en cierto modo acaba justificando parcialmente la labor del Santo Oficio, al asegurar que no tenía «ninguna objeción a su celo, cuando se apoya en la verdad» (2005: 333, nota).

Por su parte Caimo, descrito por un autor de inicios del siglo XIX, como hombre culto, estudioso de las lenguas clásicas antiguas y modernas y dotado de una fina crítica y filosofía (Gironi, 1824: 127), se refiere constantemente a las diversas bibliotecas monásticas que visita a lo largo de su itinerario. Su visión es la de «un escritor que se identifica con el hombre de bien al que aspiró la Ilustración, [...] que busca la verdad y la transmite convencido de su utilidad social» (García Díaz, 2009: 150). En dicha perspectiva el monje lombardo, cuyo principal centro de interés es hacer un registro y comentar las obras artísticas que alberga el reino, observa que en la mayoría de las bibliotecas que visita escasean los textos de carácter científico, al tiempo que lamenta la ausencia de autores modernos en los estantes. Así, por ejemplo, al referirse al repertorio bibliográfico depositado en el monasterio de San Ildefonso de Zaragoza, anota que el mismo se halla desprovisto de obras modernas (1759, I: 119), mientras, al describir la biblioteca de la Universidad de Sigüenza, advierte que, entre otros, se hallan ausentes textos de los más importantes exponentes de la ciencia moderna, Newton, Descartes y Galileo, en primer lugar, constatando por el contrario una significativa presencia de autores asociados a la Escolástica —Scotto, Molina, Suárez, etc.—, cuyos textos, subraya, en Italia serían entregados a las llamas (1759; I: 133).

Estructurada en torno al modelo de las cartas ficticias entre dos corresponsales amigos, el autor / emisor, que viaja por la península, y el receptor, su editor, que enriquece las epístolas con extensas notas aclaratorias, las *Lettere di un vago* constituye «uno de los primeros relatos de viaje que reconsidera la imagen de España y

⁸ En las *Lettere famigliari*, referidas a su primer viaje en 1760, es posible leer varias alusiones a su apego a la Iglesia, en las que narra su asistencia a misa y otros oficios religiosos; referencias parcialmente deturpadas en la refundición para el público inglés de los *Journey* (1770); un ejemplo por todos: «Fra poco uscirò per andare in chiesa, e poi per cominciare a vedere qualcosa», escribe desde Lisboa en su carta xvi (1857: 91).

reivindica su patrimonio intelectual y cultural», al haber revisado «los tópicos y falsedades sobre España para desmentirlos» (García Díaz, 2012: 199). La gran mayoría de las bibliotecas que visita el viajero italiano corroboran la abundancia de textos y autores vinculados a los padres de la Iglesia, a la Teología y la Escolástica, como las universitarias de Salamanca (1761, II: 207-208, 215) y Cervera (1759, I: 96-97) o el repositorio de la segoviana Iglesia de Santa Cruz, donde ha podido constatar en sus estantes varios volúmenes religiosos y de la Escolástica, como la *Biblioteca Tomística* de Scotto (1761, II: 165). Una digna excepción, que el monje italiano enfatiza con tonos elogiosos, la constituye la biblioteca del convento segoviano de San Jerónimo, «non mal provveduta di moderni volumi» (1761, II: 166): el viajero ha podido verificar allí, al igual que en el monasterio de Santa Caterina de Barcelona, la presencia de autores modernos, entre ellos Newton —junto a otros prohibidos en España, pero que «non lo sono altrove» (1759, I: 61)—, al tiempo que con tonos elogiosos, al tratarse de un convento de los jerónimos, su orden religiosa, ensalza la labor que allí desempeña uno de los monjes, versado en matemáticas, cosmografía y geografía, y por tanto, expresión de la nueva ciencia moderna.

La culpa de esta escasa presencia de textos y autores modernos, según sus palabras, «più pregevoli e più utili» (I: 61), el lombardo la achaca a las censuras y «rigores del Tribunal más temido» (I: 180) en su celo por la defensa de la fe católica. Al comentar los libros depositados en la biblioteca zaragozana de la Iglesia de Santa Engracia, comprueba la presencia de libros que exhiben poca utilidad, junto a textos «quà e là cancellati per la rigida penna dell’Inquisizione» (I: 119); misma observación al describir el repertorio del monasterio de Lupiana, donde constata la presencia de algunos volúmenes interesantes, pero que no pueden leerse, porque «scarabocchiati per l’Inquisizione» (I: 141). Por demás, la referencia a la labor censoria y represiva del Santo Oficio en las *Lettere* no se circunscribe a los libros prohibidos, ausentes en los estantes de las bibliotecas monásticas o públicas, o a los expurgados en la península. Así, al observar la ausencia en el refectorio del Palacio de El Escorial de una pintura sobre Carlos V y Felipe II con los ángeles, de la que habla el historiador Thomas Salmon en su obra, el viajero lombardo se pregunta si la misma «sarebbe questa per avventura stata levata e distrutta per ordine dell’Inquisizione» (II: 96). Como religioso, Caimo no ahonda en los efectos perniciosos de la labor de la Inquisición, aunque, como se ha visto, alude brevemente en algunos pasajes a las prohibiciones y expurgaciones efectuadas por la ‘rigida penna’ del Santo Oficio, con algunas incursiones críticas sobre la condenable actuación del Santo Tribunal a lo largo de la historia, como cuando describe la plaza vallisoletana de Campo Grande, al recordar que había sido en aquel espacio donde miles de judíos habían sido condenados a sucumbir a las llamas por Torquemada (1420-1498), primer Inquisidor general de Castilla y Aragón (1761, II: 183, n. 19).

Si Caimo, hombre religioso, pero vinculado al modelo de hombre útil y de bien que forjó la Ilustración, cuestiona en algunos pasajes el rigor de la institución inquisitorial, asignándole cautamente una cuota de responsabilidad nada desdeñable en el atraso cultural y la ausencia de autores y textos modernos en la península, aún más directa y mordaz es la crítica que plasma en sus memorias el aventurero Casanova. El veneciano, vinculado—entre otros— a Voltaire, Mengs y Sabatini y que llegó a entrevistarse en 1767 con el conde de Aranda y Campomanes, acabó recorriendo los caminos de España de modo accidental, tras verse obligado a huir de Austria, Polonia y sucesivamente Francia, después de haber recibido la *lettre de cachet* de Luis XV. El verdadero propósito de su viaje el de medrar en sus relaciones con hombres próximos al poder y participar de la vida social en la corte madrileña, especialmente las fiestas mundanas y los bailes de máscara que se celebraban en los Caños del Peral. El suyo no es un viaje instructivo ni de carácter esencialmente cultural, aunque, siendo Casanova un atento lector y viajero sumamente perspicaz, plasma en su obra un cuadro muy vivo del Madrid de Carlos III. No se hallan en sus memorias testimonio alguno sobre avances en campo cultural, científico o económico —en este último con la excepción de unas breves referencias al proyecto de colonización de Sierra Morena— en la España del periodo. Apenas arribado a la posada de Agreda, camino a la capital del reino, el italiano se topa de bruces con el rigor de la Inquisición, constatando su omnipresencia en los más diversos ámbitos, no solo el cultural: al observar que el cuarto que se le ha asignado tenía un cerrojo por fuera, pero no por dentro, abriéndose y cerrándose la puerta solo con el picaporte, y alarmado por la posible violación de su intimidad, inquiere a su cochero sobre esta ‘anomalía’. Este le responde que en España ello era muy común y debía acostumbrarse, «porque, debiendo la Santa Inquisición ser siempre dueña de mandar a ver lo que los extranjeros podían hacer de noche en su cuarto, los mismos extranjeros no podían encerrarse en él» (2002: 27). Sin duda, la respuesta, en la que el santo Tribunal se erige en garante de la pureza ideológica y religiosa de los españoles y de la moral y las buenas costumbres, a un libertino como Casanova, suscitaría sorpresa, incredulidad y no poca indignación, al ver coartada su intimidad y libertad individual; perplejidad que sin duda mutaría en seria preocupación ante la nueva respuesta que el viajero recibe a su siguiente pregunta y que corroboraba la omnipresencia de los rigurosas garras inquisitoriales:

— ¿De qué puede ser tan curiosa vuestra maldita Santa Inquisición?

— *De todo*. De ver si coméis carne un día de vigilia. De ver si en el cuarto hay varias personas de los dos sexos, si las mujeres se acuestan solas, y para saber si las que están acostadas con los hombres son sus mujeres legítimas [...]. *La Santa Inquisición*, señor Giacomo, [...] *vela* continuamente en nuestro país *por nuestra salvación eterna* (2002: 27; cursivas mías).

Casanova insiste en sus memorias sobre la rigurosa labor de control de la «temible Inquisición» (2002: 96), inmiscuida en los más variados ámbitos que atañían a los españoles. Unas semanas más tarde el veneciano asiste en Madrid a una función de teatro y con sorpresa observa que «en un gran palco enrejado, enfrente del escenario estaban los padres de la Inquisición, para ser testigos de la *regularidad de las costumbres de los espectadores y los actores*» (2002: 37; cursivas mías). Casanova enfatiza esta omnipresencia del Santo Oficio, en condiciones de extender sus temibles brazos a los más diversos ámbitos de una sociedad, donde la religión se hallaba profundamente arraigada («en nada de lo que hacen [los españoles], pierden jamás de vista la religión», 2022: 37-38). En el último tercio de la centuria el Santo Oficio ya no ostentaba el poder y férreo control de los siglos precedentes, aunque seguía condicionando no poco todavía la vida —pública y privada— de los españoles. Su ámbito de actuación excedía la labor de control, censura y prohibición de textos y obras de arte hostiles a la Iglesia y peligrosos para la fe, en la que se detienen Caimo y Baretti en sus relatos, orientándose también —como se ha visto en el caso de la anécdota de la posada en Casanova y el comentario sobre la función de teatro— a preservar la moral y las buenas costumbres. A diferencia de Caimo y Baretti, Casanova, quien exhibe en muchas de sus apreciaciones un marcado sesgo antirreligioso (2002: 37; 81; 96), «ilustrado heterodoxo» (Núñez Rodríguez, 2019: 354), es más punzante y directo en su valoración crítica hacia la labor de la «temible Inquisición» (2002: 96), enjuiciando sin disimulo alguno a quien en aquellos tiempos presidía el Santo Oficio en Aragón, el canónigo Pignatelli.⁹ El viajero italiano pone en discusión su reprochable comportamiento como modelo y hombre de fe. Si por las mañanas se confesaba e impartía misa, por las noches «el demonio de la carne se apoderaba de él», frecuentando mujerzuelas y prostitutas: «todos los días era igual, apunta el veneciano. Siempre luchando entre Dios y el Diablo» (2002: 138).

Uno de los aspectos que mayormente detestó —y se propuso contrastar— la Inquisición en el XVIII fue la penetración y difusión de las nuevas ideas, en especial aquellas procedentes de Francia, concebidas como verdaderos anatemas. Aunque el Santo Oficio no exhibía ya en la centuria el poder de antaño, su capacidad para actuar, prohibiendo obras, encarcelando o desterrando a autores por sus obras o ideas heréticas y ofensivas a la fe, como fueron los casos emblemáticos de Campomanes y

⁹ Ramón Pignatelli y Moncayo (1734-1793) fue un ilustrado y político aragonés, descendiente de familia italiana por parte de padre y emparentado con el Conde de Aranda. Fue canónigo catedralicio de Zaragoza, entre 1753 hasta su muerte, en 1793, y rector de la Universidad de su ciudad. La visión sumamente negativa que aquí plasma Casanova contrasta con la que ha asentado la historiografía, donde se ha evidenciado su rol de ilustrado y hombre de bien, preocupado por el progreso de la nación, promotor, entre otras iniciativas, de la ampliación de Real Casa de la Misericordia, sede de la industria manufacturera de paños y lonas, y de lo que ha sido uno de sus mayores logros, el Canal Imperial de Aragón en 1790.

Pablo Olavide —condenados, como recuerda Casanova,¹⁰ a 4 años de encierro y 8 de destierro, respectivamente—, seguía en pie, así como seguía en vigor la obligación de todo buen cristiano en denunciar libros que pudiesen ostentar ‘temas ofensivos’ a la fe y el dogma de la Iglesia. Desde el Auto de Torquemada de 1490, que decretó se quemasen unos 600 volúmenes, la censura, prohibición y expurgación de libros en España por parte del Santo Tribunal o el gobierno constituyó un aspecto de relieve que condicionó negativamente su producción cultural, la libre circulación de nuevas ideas y el desarrollo del mundo editorial. A inicios del siglo XVI los Reyes Católicos estipularon que no podía imprimirse, venderse ni importarse ningún libro sin previa licencia. En 1521, bajo Carlos V, el edicto de Adriano de Utetcht promulgaba la primera lista de libros prohibidos entregados a la Inquisición para que se quemasen en público. Unos años más tarde, en 1546, la Universidad de Lovaina publicaba la primera lista de libros prohibidos, que tendría una nueva edición cinco años más tarde. El Santo Oficio redactaba pocos años más tarde su *Index Librorum Prohibitorum* (1559), que la Universidad de Salamanca actualizaría en 1583-1584 en dos volúmenes: el primero dedicado a los libros condenados, mientras el segundo se ocupaba de las colecciones de expurgaciones de textos requeridas. Este listado de libros prohibidos y expurgados, conocido como *Índice Quiroga*, más tarde Inquisidor general, fue sucesivamente actualizándose, publicándose a lo largo de los siglos XVII y XVIII nuevas ediciones (1612, 1632, 1640, 1707, 1747 y, excediendo el periodo aquí tratado, 1790) (Domergue, 1996; Martínez de Bujanda, 2016).¹¹

Se ha comentado antes que Caimo alude muy someramente a la acción de la censura y expurgación de obras en España (1759, I: 118-119). Al describir algunas de las bibliotecas que visita, menciona algunos textos «cancellati per la rigida penna dell’Inquisizione», aunque sin precisar títulos ni autores. Una pena que el monje italiano, tan detallista para las descripciones de carácter arquitectónico o artístico, no explicita algunos de los títulos corregidos o expurgados depositados en las bibliotecas monásticas o públicas que visita. Con contadas excepciones (1761, II: 71) se refiere a los textos en términos generales, así como también escasas son sus alusiones a textos raros o a volúmenes de gran valor, inhallables o que no habían vuelto a reim-

¹⁰ Casanova entabló vínculos con ambos en sus largos meses en España (Casanova, 2002: 77-79).

¹¹ La publicación de los *Index* hace que sepamos qué libros fueron prohibidos por la censura inquisitorial a lo largo de los siglos; distinta es la situación, como observa con tino Lorenzo Álvarez, por lo que se refiere a la censura gubernamental (2022: 200). Si con la llegada de Carlos III se percibe un ligero relajamiento en la labor de censura de libros y papeles, la Revolución francesa determina un mayor control gubernamental de libros por parte de las autoridades, pudiéndose registrar, a partir de 1791, un mayor celo a la hora de controlar y escudriñar en las aduanas de frontera y una mayor rigidez en la labor de la censura. Sobre la censura inquisitorial en el XVIII, además de los citados trabajos de Defourneaux (1973) y Domergue (1993), son de gran utilidad los últimos capítulos de Martínez de Bujanda (2016). Para la censura gubernamental en el XVIII, además del citado e iluminador estudio de Lorenzo Álvarez (2022), véase Caro López (2003).

primirse (1759, I: 207; 1761, II: 180). A la censura inquisitorial y gubernamental, centrada en los catálogos o listas de libros prohibidos o expurgados, se refiere de modo algo más extenso Baretti en su relato de viaje, mientras en las memorias de Casanova, quien insiste en su crítica al Santo Oficio, no hay mención alguna a libros prohibidos o expurgados.¹² El turinés recuerda haber visto en la puerta de una iglesia «un catálogo de esos libros que no pueden leerse sin incurrir en excomunión» (2005: 307). Después de aludir al celo que exhibe el Santo Oficio, Baretti añade que la mayoría de los textos del listado de libros prohibidos procedían de Francia, con Voltaire y Rosusseau a la cabeza:

es un tanto extraño que fuesen todos franceses, y todos de esa clase que no puede hacer ningún daño respecto a la religión, a no ser a los lectores más frívolos. *Pocas de las obras de Voltaire y Rousseau has escapado del catálogo* y me dicen que su nombre está haciéndose en este país no menos terrorífico que los de Lutero y Calvino (2005: 307).

Escudándose en la opinión de su amigo Félix D'Abreu,¹³ que, como él, había vivido muchos años en Inglaterra, Baretti cuestiona la política de censurar y prohibir libros, consciente que las mismas limitaban la libre circulación de ideas y desanimaban el avance de las ciencias en España. Su amigo español desapruueba «este método de anunciar lo que se piensa que merece prohibirse», por ineficaz y, a fin de cuentas, innecesario, puesto que

nuestros grandes leen a todos los autores franceses de moda a pesar de nuestros sacerdotes y frailes [...] nuestra clase media no es todavía muy estudiosa de lenguas extranjeras. Por lo tanto, nuestros superiores eclesiásticos se equivocan egregiamente invitando a la desobediencia con sus catálogos en las puertas de las iglesias (2005: 307).¹⁴

¹² En las páginas referidas a su estancia en España, el veneciano no se refiere a bibliotecas españolas ni a libros, con excepción de una breve alusión al *Quijote*. El propósito de su viaje, se ha apuntado, no es de carácter instructivo o cultural, sino presentarse en sociedad para medrar, ampliando las relaciones sociales y sus vínculos con miembros de la corte.

¹³ Félix J. de Abreu y Bertodano (1721-1765), embajador y consejero de Guerra, cursó estudios de Derecho en la Universidad de Salamanca. Orientado de joven a la carrera diplomática, entre otros destinos, fue nombrado secretario de R. Wall en Inglaterra y sucesivamente encargado de negocios, estableciéndose en Londres entre 1750 y 1760, donde trabó amistad con el crítico turinés.

¹⁴ Debe precisarse que, aunque los textos considerados heréticos eran impugnados y quemados, no era extraño que se concediese licencia a algunas personas, cuya pureza de la fe no era discutida de ningún modo, el poder poseer y leer libros prohibidos. Como recuerda Stanley Turberville, de lo que se trataba era fundamentalmente de «prevenir que unos libros [...] hostiles a la Iglesia y peligrosos para la fe, cayesen en manos de gente ignorante y falta de instrucción» (1994: 116).

Aduanas: controles y confiscaciones

Además de establecer prohibiciones y expurgaciones, las labores de las autoridades se hallaban orientadas a controlar y contrarrestar la entrada, circulación y lectura de los textos prohibidos, en el XVIII primordialmente franceses. Había agentes inquisitoriales que revisaban los títulos en las librerías y también en las bibliotecas particulares, mientras que esencial fue la labor que en dicha perspectiva se encomendó a las aduanas, secas y marítimas, en especial a las situadas en la frontera con Francia, en la que destaca la presencia de agentes del Santo Oficio. «A la dificultad material que suponía proveer de vigilancia y controles todos los puertos secos y marítimos en un país de configuración peninsular, se añadía la de existir diferencias de carácter político, jurídico y económico entre los diversos territorios de la monarquía», observa Torquemada Martínez (2001: 53). Ello impidió que el gobierno central pudiese organizar un régimen aduanero uniforme en todo el territorio español. No asombra, por tanto, que, a pesar del rígido control estipulado por las autoridades del reino y los agentes inquisitoriales, existieran resquicios a través de los cuales arribaban los textos extranjeros, avivando las nuevas ideas y los renovados vientos de la Ilustración. Diversos fueron los subterfugios que lograban burlar los controles rutinarios de los funcionarios de aduana: a este respecto Baretta recuerda que un amigo suyo que «quería llevar un libro inglés a Madrid, tuvo cuidado de pegar una imagen de San Antonio en la primera hoja y así lo salvó de la confiscación» de los celosos agentes aduaneros (2005: 282).

Las inspecciones en las aduanas de frontera y al ingreso de los puertos o entrada de las grandes ciudades constituyeron un verdadero dolor de cabeza para todo viajero, provocándole preocupación y estrés. Los funcionarios de Aduanas tenían precisas indicaciones de controlar en especial los libros que podían llevar consigo en sus equipajes los extranjeros, revisando con celo en especial a quienes provenían o se dirigían a la frontera francesa. Casanova, al evocar su ingreso a Madrid a través de la Puerta de Alcalá, relata que los oficiales aduaneros efectúan un minucioso registro de su equipaje: «como la mayor preocupación de los empleados eran los libros, mostraron su descontento cuando no me encontraron más que la *Ilíada* en griego. Me la quitaron —anota sorprendido— y me la llevaron tres días después a la Calle de La Cruz, al café donde fui a alojarme» (2002: 29). Ante una mínima sospecha, los agentes —no conocedores del clásico de Homero— confiscan al veneciano el texto hasta poder corroborar su contenido y atestiguar que no constituía un texto hereje u ofensivo a la fe cristiana. La anécdota, al tratarse de la sustracción de un texto de la antigüedad clásica, que los oficiales probablemente desconocían —y al ser una edición en griego generaría en ellos dudas o sospechas— es bien significativo del rigor con el que actuaban los agentes en sus controles, desconfiados ante cualquier texto que no fuese español o portugués.

No por nada, ante las sospechas o el desconocimiento de los agentes aduaneros, Baretti aconsejaba a todo viajero que ingresase a España —aunque en su caso se refería a los puestos de control de la frontera portuguesa, camino a la capital del reino—, no arriesgarse en llevar libros que no fuesen españoles o portugueses (2005: 282). Casanova enfatizaba en esta misma línea la desconfianza y animosidad de los españoles, «limitados por una infinidad de prejuicios» (2002: 30), hacia todo lo que no fuese español. «Todos ellos son enemigos de lo extranjero —anotaba el viajero—, pero no se encuentran en condiciones de dar una buena razón para ello, porque su enemistad no procede más que de su odio innato» (2002: 30). El estricto registro de libros y la habitual confiscación en las aduanas no eran propiedad, desde ya, de los funcionarios españoles. Caimo, en cuyas *Lettere di un vago* los controles aduaneros referidos a su viaje por la península se hallan ausentes, recuerda igualmente el acoso que tuvo que padecer por parte de los *gabellieri* en el puerto de Génova, al embarcarse hacia España, para obligarle a abonar un depósito con el fin de rescatar los libros confiscados (1759, I: 34). En este caso no se pone el acento en el control ideológico del libro, sino en la finalidad recaudadora de la aduana, práctica habitual también en las aduanas marítimas y del interior del reino de España (Baretti, 2005: 282); en todo caso ejemplifica igualmente el desagrado y las molestias que todo viajero experimentaba cada vez que debía enfrentarse al fastidioso control en los puestos de aduanas. Aun así, no habría que generalizar; en algunos casos, como en el relato de Baretti, se proporciona una visión más bondadosa de la actitud de los agentes aduaneros y un comportamiento menos estricto a finales de los años 60, bajo el tercer Borbón. El piemontés confiesa que «en varios itinerarios a través de España los aduaneros tratan a los viajeros de una manera insolente [...], pero, cualquiera que haya sido la práctica en otros tiempos, *ahora puedo asegurar* —atestigua el italiano— *lo contrario* por mi propia experiencia en cinco aduanas españolas: Badajoz, Toledo, Madrid, Zaragoza y Barcelona» (2005: 487, cursivas mías). En la puerta de la capital catalana, camino a la frontera con Francia, Baretti recuerda que su experiencia, diversamente a la que narra Casanova, fue positiva: enfatiza que «el aduanero confió en nuestra palabra de que no teníamos nada sometido a derecho de aduana entre nuestras cosas y, cortésmente nos dispuso de la molestia de ver nuestros baúles desordenados» (2005: 487). Baretti quiere dejar entrever que, con la llegada de Carlos III, acorde con los nuevos vientos de renovación y reforma que caracterizan su reinado, el rigor de los agentes inquisidores se ha ido relajando en los últimos años. De todos modos, si el trato dispensado al turinés no es el mismo que reciben otros viajeros, es posible que la razón fundamental radique en que el turinés, a diferencia del libertino veneciano, viaja con pasaporte expedido por un secretario de Estado, lo que evita molestias, controles exhaustivos, y, como recuerda el mismo Baretti, que en la mayoría de las ocasiones los agentes no registraran los baúles (2005:

282). Introducir desde el extranjero textos y autores, asociados al nuevo pensamiento científico o enciclopedista y viajar con libros modernos extranjeros —censurados o expurgados— en el equipaje implicaba, desde ya, correr serios riesgos. El pasaporte expedido por un secretario de Estado, como el que poseía Baretti, sin duda le había permitido superar sin sobresaltos los controles aduaneros y, como si de un verdadero tesoro se tratase, regresar a Italia, a través de la frontera catalana, indemne con su ‘fraylico’ —así es como el piemontés se refería al texto de Isla— en su equipaje. Para evitar disgustos o contratiempos, Baretti incluía en sus *Journey* una serie de recomendaciones dirigida a los extranjeros que debían superar los controles en las aduanas en España. Entre las instrucciones que ofrecía, si deseaban evitar problemas con las autoridades y los agentes de la Inquisición, aconsejaba que, al entrar por la frontera portuguesa, camino a la capital del reino, el viajero no llevase consigo libros que no fuesen españoles, portugueses o italianos (2005: 282). En caso de llevar consigo libros franceses, ingleses u holandeses «o cualquier cosa que sea completamente nueva», el viajero piemontés recomendaba declararlos sin titubear a los aduaneros, antes de que estos «comiencen su búsqueda, si les ve decididos a ellos, o incluso antes», para no tener luego uno que arrepentirse (2005: 282-283). No asombra que el turinés dedicase algunas consideraciones sobre cómo actuar en los puestos aduaneros: los controles en las aduanas secas y marítimas constituían una molestia y un verdadero dolor de cabeza para los viajeros extranjeros y provocaba en ellos mucha tensión e incertidumbre. Desde ya, para los temerarios siempre existía la posibilidad, con el fin de sortear las posibles confiscaciones, de acogerse a algún ardid, como sustituir la cubierta del libro por una de un libro religioso o de la vida de un santo, o arriesgarse, como recordaba Baretti había hecho su amigo inglés, a engañar a los agentes, pegando «una imagen de San Antonio en la primera hoja» del texto.

Los tres viajeros coinciden en cuestionar la actividad censoria de la Inquisición, identificando —con modalidades y gradaciones diversas— en la prohibición y expurgación de textos del Santo Tribunal, una de las razones primordiales que explicaban el atraso del reino en campo cultural y el freno al progreso de las letras y las ciencias. Si la imagen que plasman los tres autores —un monje jerónimo abierto a las ciencias y al pensamiento moderno; un crítico literario, alejado del *Illuminismo* y difícil de encasillar; y un libertino próximo al pensamiento de la Ilustración— coincide en la reprobación del rígido control del Santo Oficio y en lamentar las prohibiciones inquisitoriales, emergen, sin embargo, gradaciones diversas respecto al énfasis en la crítica a la ‘temible’ institución y a sus efectos nocivos en el mundo cultural, fruto de la condición y de los posicionamientos ideológicos a los que remiten cada uno de los emisores: más cauta y contenida la crítica en Caimo; de mayor libertad, pero conciliadora con la religión y la observancia de la fe en Baretti; más desenvuelta, mordaz y sarcástica hacia el temible Tribunal y todo lo que oliese a religión en Casanova,

persuadido que, como aseveraba en sus memorias, mientras España tuviese una Inquisición, «no ser[í]a nunca feliz» (2002:142).

Bibliografía

- Anglani, Bartolo (1997), *Il mestiere della metafora: Giuseppe Baretto, intellettuale e scrittore*, Modena, Mucchi.
- Baretto, Giuseppe (1857), *Lettere familiari*, Turín, Guigoni.
- (2005), *Viaje de Londres a Génova, a través de Inglaterra, Portugal, España y Francia* [1770], ed. y trad. de Soledad Martínez de Pinillos Ruiz, Barcelona, Reino de Redonda.
- Bonora, Ettore (1991), «Baretto e la Spagna», *Giornale storico della letteratura italiana*, n.º 168, págs. 335-374.
- Caimo, Norberto (1759-1767), *Lettere d'un vago italiano ad un suo amico*, Pittsburg [¿Milán?], Agnelli, 4 tt.
- Casanova, Giacomo (2002), *Memorias de España* [*Histoire de ma vie*; extractos], trad. M. C. & M. A. Donnini, Buenos Aires, Emecé.
- Caro López, Ceferino, «Los libros que no fueron. El control del Consejo de Castilla sobre la imprenta en el siglo XVIII», *Hispania*, n.º 213, págs. 161-198.
- Defourneaux, Marcelin (1973), *Inquisición y censura de libros en la España del XVIII*, Madrid, Taurus.
- Domergue, Lucienne (1996), *La censure des livres en Espagne à la fin de l'ancien régime*, Madrid, Casa de Velázquez.
- Enciso Recio (1987), «Los cauces de penetración y difusión en la península: los viajeros y las Sociedades Económicas de Amigos del País», en Ramón Menéndez Pidal (dir.), *Historia de España*, Madrid, Espasa-Calpe, t. xxxi, págs. 5-22.
- Lorenzo Álvarez, Elena de (2022), «Un laico *Index librorum prohibitorum*: los libros negados por el Consejo de Castilla en 1779-1805 (AHN, Consejos, Libro 2715)», en Gabriel Sánchez Espinosa y Rodrigo Olay Valdés (coords.), *El mundo del libro y la cultura editorial en la España del siglo XVIII*, Oviedo, Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII / Ediciones Trea, págs. 199-238.
- Gambini, Daniella (2002), «Giuseppe Baretto: un viaje hacia Europa», en G. Casanova y G. Baretto, *Dos ilustrados italianos en la España del XVIII*, ed. y trad. de Miguel A. Vega y Daniella Gambini, Madrid, Cátedra, págs. 207-228.
- García Díaz, Noelia (2009), «La recepción de las *Lettere d'un vago italiano ad un amico*, de Norberto Caimo. Revisiones necesarias», *Cuadernos de estudios del siglo XVIII*, n.º 19, págs. 143-182.
- (2012), «Las aportaciones del viaje de Norberto Caimo a la revisión de un género», en *La tinta en la clepsidra*, Barcelona, PPU, págs. 199-209.

- Garms, Jörg (1988), «Viajeros italianos en España en época de Carlos III», en *Carlos III, alcalde de Madrid. 1788 / 1988*, Madrid, Ayto. de Madrid, págs. 83-108.
- Gironi, Robustiano (1824), *Il costume antico e moderno di tutti i popoli della Spagna e del Portogallo*, Florencia, V. Batelli, 2.ª ed. revisada.
- Martínez de los Pinillos Ruiz, Soledad (2005), «Introducción», en G. Baretti, *Viaje de Londres a Génova, a través de Inglaterra, Portugal, España y Francia*, trad. y ed. de Soledad Martínez de Pinillos Ruiz, Barcelona, Reino de Redonda, págs. 11-27.
- Martínez de Bujanda, Jesús (2016), *El índice de libros prohibidos y expurgados de la Inquisición española (1551-1819). Evolución y contenido*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos.
- Núñez Rodríguez, Alberto (2019), «Ilustración y humanismo en la obra de Giacomo Casanova: un análisis histórico de una fuente autobiográfica», en Vicente González Martín *et al.* (eds.), *Un recorrido por las letras italianas en busca del Humanismo*, Salamanca, Universidad de Salamanca, págs. 345-355.
- Quinziano, Franco (2007), «Una aproximación a la literatura de viajes en el siglo XVIII: viajeros españoles y *grand tour* en la Italia del Setecientos (1760-1805)», *Revista Iberoamericana*, n.º 18, págs. 335-380.
- (2022), «Libros y lecturas en dos relatos de viaje del XVIII: representaciones y recepción en Caimo y Baretti», en Gabriel Sánchez Espinosa y Rodrigo Olay Valdés (coords.), *El mundo del libro y la cultura editorial en la España del siglo XVIII*, Oviedo, Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII / Ediciones Trea, págs. 399-415.
- (2023), «Introducción», en Giuseppe Baretti, *Don Quijote en Venecia / Don Chisciotte in Venezia*, ed. crítica y trad. de F. Quinziano, Oviedo, Luna de Abajo, 2023, págs. 11-98.
- Ribbans, Geoffrey (1955-1958), «Antonio Ponz y los viajeros extranjeros de su tiempo», *Revista Valenciana de Filología*, n.º 5, págs. 63-89.
- Torquemada Martínez, M.ª Jesús (2001), «Controles aduaneros en el siglo XVIII: conflictos entre la justicia regia y la inquisitorial», *Revista de la Inquisición*, n.º 10, págs. 57-73.
- Soriano Pérez-Villamil, Enriqueta (1980), *España vista por historiógrafos y extranjeros italianos (1750-1799)*, Madrid, Narcea.
- Stanley Turberville, Arthur (1994), *La Inquisición española*, Ciudad de México, FCE [1.ª ed. esp.: 1948].
- VV. AA. (1998), *Il mondo di Giacomo Casanova. Un veneziano in Europa (1725-1798)*, Venecia, Marsilio.